

Brujas del viento

Euskal kondairak

Oskar Benegas Dañobeitia

© Oscar Benegas Dañobeitia
© Brujas del viento
ISBN ebook 978-84-616-1402-8
<http://oskarbenegas.com>

*Para mi compañera, mi amiga,
mi confidente, mi amante,
mi cómplice, en fin, mi esposa.
Ainboa, tú siempre serás,
mi Bruja en el viento.*

Índice

I.....	1
II.....	15
III.....	¡Error! Marcador no definido.
IV.....	¡Error! Marcador no definido.
V.....	¡Error! Marcador no definido.
VI.....	¡Error! Marcador no definido.
VII.....	¡Error! Marcador no definido.
VIII.....	¡Error! Marcador no definido.
IX.....	¡Error! Marcador no definido.
X.....	¡Error! Marcador no definido.

I

El mar gris se reflejaba en los ojos azules de la niña. Su pelo rubio, casi blanco, volaba empapado detrás de ella, soplado por el viento frío del norte. La mirada, perdida en un horizonte tan incierto como su futuro, reflejaba aún el fuego que había devorado la fortaleza que fuese su hogar. Seguían resonando en sus oídos las risas de sus hermanos y el gorgojeo y carcajadas del más pequeño, Colum, el más despierto y más rubio de todos... y por el que tenía un cariño especial. Sentía aún, el abrazo de su madre después de cepillarle la melena antes de acostarla; las largas charlas en las que le enseñaba cómo comportarse entre la gente de la corte; y el beso de su padre al arroparla; el inmenso cariño con el que la trataba aquel hombre rudo y enorme... Las imágenes se entremezclaron con las acontecidas unos días antes... Recordó a sus hermanos al ser arrancados de los brazos de su madre y pasados a cuchillo en presencia de sus padres antes de ser atrocemente mutilado él, brutalmente violada ella, y cruelmente asesinados ambos.

Tuvo que agarrarse con fuerza a uno de los cabos para evitar caer al cabecear el barco.

Miró hacia arriba. Sobre su cabeza se recortaba, contra el cielo cubierto de nubes, la efigie de un dragón tallada en la madera

de la proa. El símbolo de su estirpe era su orgullo y, en aquel momento, el causante de su desgracia y su salvación también. Una lágrima silenciosa, rodó furtiva hasta su mentón.

Hacía varios días que dejasen atrás las costas escocesas y ante ellos no se veía más que una extensión de olas grises coronadas por espuma de mar. Tras las cuatro primeras jornadas navegando en dirección al continente, el capitán Wadskier había ordenado dirigir la pequeña flotilla, compuesta por tres *drakkars*, hacia el sur, paralelamente a la línea de la costa. El tiempo era muy desapacible y frío, lo que no contribuía mucho a mejorar el estado de ánimo de la niña. Aún estaban vivos en su recuerdo los días previos a la última revuelta. Lo cierto era, que nunca había vivido tiempos de paz en los diez años que contaba. Las guerras intestinas promulgadas por el hermanastro de su padre y los continuos levantamientos para usurparle el reino, del que su familia era legítima heredera, habían sido el estado normal de las cosas. Pero hasta entonces jamás pensó que el rey pudiese ser vencido y su hogar destruido. La seguridad de los muros de piedra de su casa -una fortaleza en lo alto de una colina, rodeada parcialmente por un lago- así como la lejanía en la que suponía las guerras de las que oía hablar a los mayores, la habían mantenido ajena al miedo que ahora sentía. Su padre era un rey escocés, y eso debería haber bastado... pero no. Su padre no era más que un hombre y había muerto como tal. Su ejército no eran más que hombres que fueron masacrados... por otros hombres, al mando de otro hombre que ahora era el nuevo rey. Cuando hubo comprendido esto, desapareció la sensación de intocabilidad y el miedo la sustituyó.

Cuatro días antes del desastre final había llegado un correo a caballo hasta el castillo. Cruzó el patio a galope y entró hasta la sala donde el monarca solía despachar los asuntos de gobierno. Desmontó, exhausto, a sus puertas, y con voz entrecortada por el esfuerzo y los ojos desenchajados por el miedo, dio la noticia de que el ejército del pretendiente había desbordado todas las defensas y se dirigía hacia allí con la intención de dar el golpe de gracia.

Nunca hasta entonces había visto reflejado el miedo en la mirada del rey, y lo que vio en aquellos ojos azules, le heló la sangre. En ese mismo instante supo que su padre, su rey curtido en mil batallas, su héroe... no era invencible. Se ordenó que los niños fuesen escondidos y mientras él armaba un ejército para intentar atajar el avance, hacer frente y detener a su propio hermano. Su esposa tomaría el mando en el castillo.

Hannah fue escondida, en uno de los torreones de la fortaleza. El acceso, era a través de una pequeña grieta de la roca natural -sobre la que estaba cimentada la torre del homenaje- y que quedaba dentro de la sala capitular, detrás de la silla del rey. La parte inferior de la fortaleza -sobre la gruta- era de piedra y la estructura superior estaba construida en madera, elevándose varios pies por encima de las defensas exteriores. Desde aquella posición, podía ver a su madre despanchado, con gran diligencia, los asuntos de estado en ausencia del rey. Sus tres hermanos, más pequeños que ella, fueron llevados a distintas dependencias, cada uno con una sirvienta que se hiciese cargo de él. Hannah se quedó sola.

No se enteró de que el ejército leal había sido derrotado en un campo cercano a la ciudad y su padre hecho prisionero, hasta

que un gran alboroto rompió el silencio de la sala del trono haciendo que su madre se levantase de golpe, con la cara desencajada. Unos hombres armados irrumpieron dando voces y ni siquiera hicieron amago de detenerse cuando aniquilaron la guardia personal de la monarca sin el menor esfuerzo. La reina se mantuvo erguida, haciendo frente a los asaltantes con la mirada desafiante mientras abrieron un pasillo entre la turba, para que el cuerpo ensangrentado y magullado de su esposo cayese a sus pies. Un soldado propinó al rey una patada en las costillas, indicándole que se levantase. Ella se agachó para ayudarlo.

Ambos fueron despojados de sus ricos vestidos, cargados de cadenas y encerrados en las mazmorras de los sótanos, por separado, hasta la celebración de un juicio, que presuponían sumarísimo. Las hordas del ejército sublevado registraron estancia por estancia en busca de los herederos del trono. No se produjo saqueo alguno por orden directa del usurpador, tan sólo se eliminó a todos aquellos que pudieran representar una amenaza para el nuevo régimen. Se obligó a confesar, bajo tortura, a varias de las mujeres del servicio hasta que delataron el lugar donde se escondían los niños. Hannah, bien porque ninguno de los torturados conociese su paradero o bien por suerte, no fue delatada y continuó apostada junto a la grieta, detrás del trono. Desde allí podía ver y oír todo lo que sucedía. Aquella tarde se reunieron en la sala capitular una gran multitud de personas a la luz bamboleante de las teas. El ambiente estaba muy cargado a pesar de que por el pequeño vano de la pared, junto al techo, se renovaba el aire que entraba cargado de lluvia helada.

Desde donde estaba pudo distinguir los rostros conocidos, de antiguos -y no tan antiguos- amigos y colaboradores de su padre. Algunos con cara de circunstancia y otros riendo abiertamente con gente que le era totalmente extraña. Vestían aún sus ropajes y armaduras de guerra y portaban sus armas. Aquellas personas le daban seguridad y el verlas la tranquilizó. Todo se arreglaría en unos días y las cosas volverían a ser como antes. Allí estaban sus amigos -a los que conocía desde siempre- y parte de su familia. ¿Qué podía pasarle?

Estaba tan cerca que podría haber tocado el hombro de su tío - el hermanastro del rey que ocupaba hoy el trono- con sólo alargar la mano. Éste se había vestido con los atuendos de su padre y dictaba órdenes sin cesar. Los sirvientes y soldados entraban y salían con despachos y misivas de forma constante. La actividad era frenética, ya que había que controlar y cuidar de que todos los frentes de batalla abiertos supieran que el rey había caído y que un nuevo soberano gobernaba ahora. No se podía permitir ninguna duda, ni ningún conato de reconquista y, según dijo, habría que hacerlo con contundencia.

Mandó llamar a la familia real, que fue arrastrada hasta su presencia.

Hannah vio, horrorizada, como su padre era empujado hasta caer pesadamente a los pies del nuevo monarca. El hombre necesitó de un esfuerzo, que le arrancó un gruñido, para ponerse en pie frente a él. Tenía la cara amoratada y el pelo y la barba pegajosos y cubiertos de sangre. No podía abrir el ojo izquierdo y le faltaba algún diente. Vestía solamente con una basta túnica de tela de saco.

Hicieron entrar también a su madre que llevando a sus hermanos de la mano, y al pequeño en brazos, caminó hasta el centro de la sala. A Hannah le pareció que no le quedaba nada del porte regio del que siempre había hecho gala. Se la veía sucia y con el pelo suelto y enmarañado. Le costaba caminar, y no lo hacía erguida sino que se inclinaba hacia delante, con la cabeza baja.

Se colocó junto a su esposo, agarrando con fuerza la mano de uno de sus hijos.

-¿Dónde está Hannah? –la voz del nuevo rey tronó.

Nadie respondió.

-Es la última vez que os lo pregunto... -no pudiendo contener la ira-. ¿Dónde está mi sobrina?

La niña sintió la necesidad de salir de su escondite, pero se encontró por casualidad, con la mirada de uno de los guerreros –un viejo conocido, señor de extensas tierras en las Highlands- que estaba junto al trono. Le indicaba, sin hablar, que se quedase quieta.

La pregunta resonaba de nuevo en sus oídos cuando su tío se levantó, se dirigió hacia el niño que se agarraba a la mano de su madre, y desenvainando una daga, le abrió la garganta de lado a lado. No pudo ni siquiera llorar, cayendo desmadejado al suelo, mientras el grito de la mujer desencadenaba el llanto de los otros dos niños.

-¡Cállate, zorra! –el usurpador se dirigía a la madre-.
¡Dime dónde está Hannah si no quieres que continúe matando
al resto de tus hijos!

La mujer se repuso, levantó la cabeza y le enfrentó la mirada sin responder. Apretó con fuerza la mano del niño que sollozaba agarrado a su pierna y comprendió... Entendió que sólo podría salvarse su hija mayor, si se mantenía oculta. Ellos estaban ya condenados a muerte, hiciesen lo que hiciesen y dijese lo que dijese. Si la delataba correría su misma suerte. Pensaba en esto, cuando notó como se aflojaba hasta soltarse la manita que se agarraba a ella. Su otro hijo yacía inerte en el suelo junto a su hermano... Y de nuevo la pregunta... La mirada como respuesta, y su tercer hijo arrancado de sus brazos y degollado... a sus pies. A su lado, las lágrimas de impotencia, de rabia y de inmensa pena, de quien fuese más que su rey.

...y en el aire la ira de la sentencia contra su esposo:

-¡Que sea despedazado vivo y sus despojos echados a los perros!

...y contra ella misma:

-¡Usadla cuantas veces queráis... como la ramera que es! –ordenó entregándola a sus soldados-. Cuando hayáis acabado... degolladla y arrojadla también a los perros.

-¡Será Dios y todos sus ángeles quienes te pidan cuentas por lo que estás haciendo! –atacó ella como única defensa.

-¿Desde cuándo Dios atiende a quien no defiende a sus propios hijos? –la increpó él-. ¿No seréis una bruja?

-¡Tal vez así sea! Y si lo soy... ¡yo te maldigo! A ti, a toda tu estirpe... -se giró- ...y a todos vosotros también –alto y firme.

Un murmullo recorrió la sala mientras ambos monarcas depuestos eran arrastrados fuera para cumplirse las sentencias. En el suelo quedaron los cuerpos de los niños.

Hannah no pudo contenerse más. Se deslizó procurando no hacer ruido e iluminándose con una lámpara de sebo, corrió hacia el interior del torreón. No subió por la escalera de mano, sino que se internó en las entrañas de la roca, buscando la profundidad de la gruta, hasta que consideró que no podrían oírle. Se detuvo y gritó con todas sus fuerzas. Gritó hasta que le dolió la garganta. Aquel alarido resonó en la caverna, ampliándose y deformándose hasta parecer proferido por las propias concubinas de Lucifer desde las mismísimas entrañas del infierno. Así lo interpretaron al menos, quienes abarrotaban aún la sala capitular. A ello contribuyó, sin duda, las últimas palabras de la reina, la luz quejumbrosa, y las imágenes del infanticidio... Aquel castillo maldito lloraba y gritaba por la suerte de sus moradores... que, a buen seguro, tendrían algún trato con el diablo. Los allí presentes habían condenado a una bruja y a su amante, y habían sido testigos de la muerte de sus hijos... además ella les había maldecido... Con total seguridad, sus espíritus no descansarían hasta vengarse.

El desgarrador quejido, pronto fue coreado por decenas de voces broncas que salían, a toda prisa de allí. Incluso el nuevo monarca corrió buscando la salvación y huyendo de la

maldición. La fortaleza fue completamente desalojada. Todos los sirvientes, caballeros y vasallos fieles al rey depuesto, y que estaban confinados en las mazmorras, fueron ejecutados en el momento. Las penas que pendían sobre los padres de Hannah fueron cumplidas, y el castillo completamente expoliado y posteriormente incendiado.

La niña estuvo oculta en aquella oscuridad completa durante mucho, mucho rato, hasta que perdió la noción del tiempo. Se quedó en un estado de semiinconsciencia del que retornó muy despacio, conforme su cerebro y su corazón fueron digiriendo lo visto, oído y sentido la tarde anterior. Una inmensa soledad, inseguridad y fragilidad la inundó en oleadas desde el estómago. Sintió un frío interior intenso y que nada tenía que ver con la temperatura externa ya que, curiosamente, hacía calor.

Finalmente fue el hambre y, sobre todo, la sed lo que le hizo salir de su escondite. No sabía calcular cuántos días habían pasado, pero fue recibida por una extraña claridad y por la lluvia. En lo que fuese la sala del trono, no quedaba nada que la recordase. No había techo y las paredes estaban semiderruidas y ennegrecidas. Avanzó a trompicones hasta el patio exterior y lo que vio, en nada semejaba a su hogar. No quedaba en pie nada de la torre del homenaje, las murallas de piedra y las empalizadas estaban destruidas y sustituidas por montones de escombros aún humeantes en algunas zonas, a pesar de que no había cesado de llover en todo el día. Toda su familia, todo su mundo, todo cuanto había conocido como propio y seguro, estaba aniquilado... ¿Qué haría ahora? ¿A dónde ir? Comenzaba a caminar, vagando entre las ruinas,

cuando unas voces le alertaron. Alguien se acercaba por el camino hacia la fortaleza. No se dejó sorprender, y se ocultó entre unos restos de vigas quemados. Desde allí podía ver quién llegaba por lo que fuese la puerta principal de acceso y que ahora no era más que un dintel rodeado de vacío. Observó cómo varios hombres -vestidos con ropajes de guerra, cascos de hierro y cuero, y portando sus armas en la mano- comenzaron a escudriñar entre los escombros, rebuscando con ahínco. Anochecía ya. Uno de ellos era el guerrero que la retuvo con la mirada cuando su desesperación a punto estuvo de hacerla salir de la grieta hacia una muerte, que ahora sabía, hubiese sido segura.

Dudaba qué hacer, pero su instinto pudo con el miedo y con la prudencia.

-¡Eh! ¿Qué es lo que buscáis? –preguntó con autoridad saliendo de entre los escombros.

Los hombres se dieron la vuelta sobresaltados, y amenazantes.

-¡A ti! ¡Por todos los santos, princesa Hannah! ¡Estás viva! –dijo reconociéndola, el que parecía llevar el mando-. Soy el capitán Kirk Wadskier.

La niña recordaba que su padre había hablado de aquel hombre en algunas ocasiones, incluso creía haberle visto en su casa, hacía ya tiempo. Se bajó del montón de leños en el que se había subido y se acercó. Era un hombre enorme. La barba y el pelo, del que prendían mechones atados con trocitos de tela de forma aleatoria, tenían un color rojizo. Sobre el kilt de lana parda que le envolvía el cuerpo se había puesto una coraza

confeccionada con cuero grueso, al igual que las polainas y las muñequeras. A la espalda, en su funda también de cuero, un enorme espadón, y del cinturón pendía un hacha enorme con dos cabezas iguales. El conjunto le confería un aspecto fiero, que nada tenía que ver con lo que decían sus ojos azules como el cielo de verano.

-¡Pongámonos en marcha! –dijo sin miramientos y en un cerrado gaélico.

-¿A dónde vamos? –Hannah desconcertada.

-Si quieres sobrevivir, debemos seguir el plan que nos han trazado -respondió el capitán.

No hubo más conversación ni explicaciones, y partieron caminando entre la lluvia, en dirección al mar... a escasas dos millas.

Llegaron a una pequeña aldea de pescadores, donde el grupo formado por cinco guerreros y una niña, seguramente, llamaría mucho la atención, por lo que decidieron que sería mejor que se quedasen tres de ellos con la pequeña en una cabaña de pastores a las afueras y los otros dos se acercasen hasta el pueblo. Encendieron un fuego en el hogar, para intentar secarse y calentarse un poco.

La noche había caído ya, y fuera seguía lloviendo pertinazmente, cuando alguien llamó a la puerta. Los hombres se apostaron a los lados de la misma, con las armas prestas en la mano para hacer frente a cualquiera que representase la más mínima amenaza. Kirk invitó a entrar. La puerta se abrió y las espadas y dagas bajaron la guardia. Eran tres mujeres,

envueltas en gruesas ropas de lana, las que entraban. Se retiraron las capuchas para dejarse ver y sin pérdida de tiempo, dos de ellas, se acercaron a Hannah arropándola. Le quitaron su ropa empapada y la vistieron con una túnica de lana y una capa del mismo material, muy abrigadas, y que ella les agradeció con una sonrisa.

La tercera comenzó a preparar algo caliente con lo que reconfortar los estómagos.

Poco a poco fue llegando más gente: Hombres armados, mujeres que arrastraban bultos y algunos niños... todos fieles al rey asesinado. Al principio les recibían el capitán y sus hombres, pero después se estableció un sistema de guardia en el exterior de la borda de forma que la princesa estuviese protegida por varias líneas de defensa. El número de personas fue creciendo hasta formarse un pequeño ejército. Wadskier se reunió con el resto de jefes y mandos, y regresó al rato con cara circunspecta.

-El plan está en marcha... -dijo con gravedad.

Se decidió que tres hombres de confianza conformasen la guardia personal de Hannah. Estarían junto a ella en todo momento, como última defensa. Junto a ellos varias mujeres se encargarían del cuidado de la niña. Entre ellas se encontraba Eyre, una de las amas de llaves de su casa y que en los últimos tiempos había estado muy cerca de la reina. Cuando la princesa la vio, un atisbo de esperanza asomó a sus ojos y se abalanzó a sus brazos para dejar que la meciese durante unos instantes.

Las órdenes del capitán fueron claras y concisas. Había que llegar hasta la playa para intentar embarcar en uno de los barcos que les estarían esperando. Tendrían que atravesar toda la aldea que estaba guarnecida con un destacamento de soldados fieles al nuevo régimen. Era importante que nadie supiese que Hannah seguía con vida, así que el embarque habrían de hacerlo sin ser vistos. Para ello contaban con la ayuda de cuatro *drakkars*, venidos desde el continente y que se dejarían ver cerca de la costa antes de realizar un ataque al pueblo. Esto sería interpretado como una de las muchas incursiones que hacían los bárbaros del norte para saquear las aldeas costeras. Aprovechando el desconcierto inicial, un pequeño contingente escoltaría a la pequeña y sus acompañantes, hasta una posición dentro de la aldea desde la que poder acercarse a la playa. Después las huestes fieles a la princesa atacarían la retaguardia, haciéndose pasar por las tripulaciones de saqueadores que en esta ocasión abrirían varios frentes, distrayendo así la defensa de la costa, dejando el camino libre para el embarque.

El plan se ejecutó tal y como estaba concebido. En el primer ataque desde la playa, los soldados se dieron cuenta de que el destacamento sería absolutamente insuficiente para defender aquella posición, viéndose desbordados en los primeros embates. Desde ahí todo salió como estaba previsto y la princesa Hannah Mac-Alpin, heredera del trono del reino de Alba, embarcó con rumbo desconocido.

Corría el año de Nuestro Señor de setecientos noventa.

El barco zarpó de inmediato. Desplegó su única vela y los remeros comenzaron a bogar con fuerza. El propio Wadskier

tomó la caña y puso proa a la estrecha bocana que daba entrada a la bahía. Tenían que alcanzar cuanto antes el mar abierto. Allí, encajonados como estaban entre las colinas que circundaban aquella cala, corrían peligro de ser atacados desde lo alto. Pronto dejaron atrás a los otros drakkars acompañantes, que comenzaron a seguir la estela de su popa, y enfilaron la salida sin más complicación. Una vez fuera del alcance de los proyectiles que les lanzaban desde la costa, disminuyeron la marcha y los remeros descansaron. Extendieron la toldilla para que se guareciesen bajo ella las mujeres y la niña, y se aproaron, dejando que la vela flamease inerte mientras esperaban al resto de la flota. Dos de los barcos salieron por la misma bocana mientras que otros dos lo hicieron de una caleta en los aledaños.

Las cinco embarcaciones se abarloadon, amarrándose unas a otras, para poder hacer trasbordos y trasvases de guerreros, mujeres, víveres y otros materiales. Allí se despedirían, desperdigándose en diferentes rumbos. Unos navegarían hacia las islas de Skye, otros regresarían al continente, mientras que el navío principal con su preciosa carga, escoltado por otros dos, seguiría la línea de la costa este escocesa al principio, para después cruzar el canal hasta Normandía, donde tendrían que abastecerse de agua fresca y víveres, y posteriormente, navegar hacia el sur hasta alcanzar su destino.

Soltaron las amarras y partieron.

El capitán Wadskier ordenó aparejar de nuevo la vela y sus hombres se pusieron a los remos. Comenzaba a amanecer y se estaba levantando una fuerte brisa del norte que les hacía romper las olas.

II

Las voces del capitán Wadskier y su teniente, le devolvieron a la realidad. Se giró para ver cómo se acercaban hasta donde se encontraba ella para otear el horizonte por la amura de babor.

-¡Debería de estar ahí! –dijo el segundo, intentando ver algo entre el aguacero.

Un gruñido fue la única respuesta que obtuvo por parte de su superior.

Hacía rato que había amanecido.

Conforme pasaban los días y cambiaban de latitud, las noches se habían ido acortando, la temperatura se fue suavizando y, aunque hacía frío, nada tenía que ver con el clima escocés, pero no dejó de llover y la niebla no dejaba ver más allá de un par de yardas ante la proa.

-Si las historias de Mac-Claude son ciertas... ¡Debería estar ahí! –repitió el teniente.

-¡Que uno de los hombres se encarama a lo alto del palo! –ordenó Kirk.

Al instante un mozalbete, sólo algo mayor que Hannah, trepó al mástil con la agilidad de un gato.

-¡Nada! –gritó.

Se quedó allí arriba escudriñando entre las nubes blancas y el mar gris.

Siguieron avanzando, aunque más despacio, hasta que al mediodía –tal vez porque el tiempo mejoró y las nubes se levantaron un tanto- el vigía dio la voz de tierra. No se veía aún, pero en el color oscuro de las olas se distinguía el blanco de la espuma de una rompiente. Los tres navíos cambiaron el rumbo y se dirigieron hacia allí. En efecto, se trataba de una isla alargada a escasas millas de lo que parecía tierra firme. Navegaron en línea recta hacia ella, quedando así ocultos a los ojos de quien quisiera avistarles desde la playa. Antes de llegar a la isla desarbolaron la vela y se abarloadon con los otros dos drakkars. Había que estar seguros de que aquella era la tierra que estaban buscando. Según las historias que contaba Mac-Claude “el Marino” *“...en un precioso lugar, tan verde como la campiña escocesa, pero con un clima más benévolo; donde las colinas y ondulaciones cubiertas de tupidos bosques llegaban hasta el mar, y que estaba enmarcada por varias cordilleras de montañas de piedra blanca, más altas y abruptas que las escocesas, vivirían unas gentes rudas pero nobles, que hablaban un extraño idioma, diferente a cualquier otro conocido, y que eran estoicamente celosos guardando sus costumbres y, sobre todo, su tierra.”*

Parecía que estaban en el sitio adecuado, por lo que podían vislumbrar desde allí, y según “el Marino” aquellas gentes les

acogerían bien, pero Kirk quería total seguridad. Decidieron hacer una pequeña incursión aquella misma noche con uno de los barcos, mientras los otros esperarían ocultos donde estaban. Antes mandaron a varios hombres, que subiesen a la parte más elevada de la isla e informasen de lo que veían desde allí. Regresaron al poco con mucha y valiosa información: la isla estaba desierta, pero había restos de un asentamiento humano reciente, probablemente temporal, tal vez un destacamento o un punto de vigía. Al otro lado, a escasa distancia, no más de dos millas, se extendía la desembocadura de un río muy ancho que dejaba varios bajíos de arena y varias playas separadas por entrantes de rocas que se hundían en sus aguas. Los bosques llegaban prácticamente, hasta la orilla del mar. En el lado derecho, junto a una de las calas, se asentaba una pequeña aldea alrededor de una ermita que se colgaba sobre un pequeño acantilado de roca a escasos pies del agua. En la playa habían podido ver varias embarcaciones pequeñas varadas y algún pescador trabajando en ellas. La población no contaba con murallas o defensa alguna, ni torre o castillo en la parte que habían podido estudiar. Se trataba de construcciones pequeñas, muchas de ellas apoyadas en la ladera, ligeramente excavadas en la misma aprovechando el desnivel natural y elevándose un piso escaso, de forma que un hombre debería permanecer en su interior, sentado o encorvado si estaba en pie. Algunas, las menos, estaban construidas en piedra -toscamente trabajada- pero la mayoría eran de madera o combinando ambos materiales de forma que sobre un zócalo de rocas más o menos alto, que le daría solidez, se levantaba otra parte en madera. Todas ellas con techos de paja, hierba y ramas secas. Sólo la ermita presentaba

una cubierta de madera y tejas, y estaba construida completamente en piedra.

Desde luego aquel lugar no era una fortaleza.

Les distrajo el sonido, profundo y mantenido, de un cuerno soplado en lo alto de un acantilado. Regresaron, presurosos, cada cual a su nave, y soltaron las amarras, separándose. No estaban seguros de que aquella señal de alarma se refiriese a ellos, ni siquiera sabían si aquello era una alarma, pero se cuidaron de ocultarse entre la niebla hasta la noche.

Con la caída de la tarde, los tres barcos regresaron a su posición, dos tras la isla y el tercero avanzó hasta la desembocadura de aquella ría. No aparejaron la vela mayor, sino que colocaron dos más pequeñas sobre las bordas, a modo de alas. Para que no se empapasen, las habían embreado y untado con betún, lo que les confería un color casi negro. Aunque su poco calado la hacía muy maniobrable, la embarcación avanzaba muy despacio, intentando no embarrancar en los bancos de arena. Dos vigías se colocaron sobre las amuras, a ambos lados de la cabeza de dragón de la proa, iluminando el agua con sendas teas. Sobrepasaron la playa y la aldea y enfilaron el canal, para adentrarse río arriba. En el momento que ejecutaban la maniobra, escucharon de nuevo el cuerno que en esta ocasión fue respondido, primero por uno y después por otro, al que se fueron añadiendo varios más, de forma que todo el aire se inundó de aquel inquietante ruido. Conforme se fueron adentrando por el curso fluvial, lo fueron dejando atrás y les empezó a acompañar el rítmico y musical repique de palos golpeando unas maderas. Lo podían escuchar en ambas orillas, avanzando entre los montes,

multiplicándose en los bosques, resonando en el aire plomizo y húmedo, y anunciando su presencia en todo el valle y en las marismas, bastante antes de que ellos llegasen. Estaban absolutamente seguros de que eran vigilados y controlados, pero no vieron a nadie... sólo aquel sonido que les erizaba el pelo de la nuca. Sobrepasaron, lentamente, una playa interior y siguieron remontando la corriente de agua dejando atrás pequeños núcleos de población a ambos lados. El cauce y la marisma que lo circundaba se iban estrechando conforme avanzaban hasta llegar a convertirse en un río, aún navegable. En ese punto les costaba trabajo seguir adelante, ya que continuamente sentían cómo el fondo del drakkar rozaba con el lecho, dejándoles casi inmóviles. Decidieron entonces, arrimarse a uno de los márgenes y seguir a pie. El inquietante sonido de los palos golpeando maderos se había vuelto frenético mientras les seguía acompañando desde los tupidos robleales que rodeaban el curso de agua. Cuando desembarcaron, cesó de forma repentina y brusca, enfrentándose a una calma y silencio tan profundos que les aceleraba el corazón y les ponía los pelos de punta. Caminaron despacio, llegando a una población más grande que las demás y que se extendía por ambas orillas, unidas por un puente. Sin duda aquel era el lugar que había descrito “el Marino”. Regresaron hasta el barco e hicieron la señal convenida.

El silencio, sólo roto por el crepitar del fuego, les acompañó el resto de la noche.

Los dos vigías que había apostado Kirk en la cumbre de la isla, vieron la columna de humo que se abría paso entre la neblina fría de la mañana. Aquella era la señal. Descendieron corriendo

la colina y llegaron hasta la orilla. Habían ocultado un pequeño bote en el que regresaron al barco. Antes de que llegasen, fueron avistados y su asentimiento fue interpretado iniciando la maniobra de zarpar de forma inmediata.

Se aparejó el mástil y se largó la vela, orientándola al viento para iniciar la marcha. Los remeros botaron las palas y comenzaron a bogar al unísono. Los dos drakkars bordearon la isla en dirección a la pequeña población costera. Enfilaron un rumbo en línea recta hacia la playa -donde se veían algunos hombres trabajando en cuatro botes de pesca y al fondo un grupo de mujeres reparando las artes- y se acercaron a gran velocidad.

La primera de las naves sorteó la espuma de una rompiente, que podía indicar una barra de arena en el fondo, mientras la otra se detuvo manteniéndose detrás, facheada y pendiente de todos los movimientos, dispuesta a acercarse y atacar si hiciese falta. Kirk ordenó cambiar de bordo, arriar la vela y llegar hasta la playa empujados únicamente por la fuerza de los remos. Acercaron el costado hasta que el barco se posó, suavemente, en el fondo arenoso, ayudado por su poquísimos calado y por el vaivén de las olas. Wadskier entregó a la niña su zurrón, y se despidió de ella sujetándola por los hombros y mirándola a los ojos, en su imposibilidad por demostrar más afecto.

-Recuerda siempre quién eres, cuál es tu familia y recuerda el nombre de este barco... recuerda a la "Bruja del viento" –le dijo.

Ella no respondió, su mirada arrasada fue suficiente.

Varios hombres saltaron al agua para ayudar a la pequeña a bajarse y llegar hasta tierra firme.

Los pescadores habían dejado sus quehaceres, se incorporaron y miraban atónitos la escena. Las mujeres también se pusieron en pie y observaban. Habían oído hablar en alguna ocasión de aquellos barcos grandes y panzudos, con cabezas de dragón talladas en la proa y que solían estar tripulados por fieros soldados que saqueaban las aldeas costeras. Pero aquello era diferente.

No hubo despedidas. Los guerreros subieron a bordo de nuevo y el drakkar partió mar adentro con la misma rapidez y agilidad con la que había llegado. Se le unió el barco de escolta, largaron las velas y volaron sobre las olas. Hannah se quedó sola, viendo como se alejaban sus salvadores y comprendiendo que la princesa de Mac-Alpin acababa de morir. Sólo quedaba de su pasado aquel zurrón de cuero, en el suelo junto a ella. Kirk Wadskier se dio la vuelta y se dejó ver por la popa sin hacer ningún gesto ni saludar. Era suficiente para despedirse.

La niña, impasible, de pie mirando al mar, con el rostro acariciado por la brisa húmeda y salada.

Esperó a que los dos barcos no fuesen más que una mancha en el azul profundo del mar, antes de volverse hacia los hombres que seguían observándola. No avanzó hacia ellos, simplemente los miró, sintiéndose desvalida y, sobre todo, desprotegida. Bajó la vista al imaginarse la propia escena. No era más que una chiquilla, a la que unos guerreros habían dejado abandonada, ante las miradas atónitas de aquellas sencillas gentes. Le sacó de sus pensamientos el vozarrón de uno de los

pescadores -que parecía el jefe del grupo y que llegaba ya hasta donde estaba ella- hablándole en una extraña lengua, de la que no comprendía una palabra. Levantó la vista, mirándole a la cara. Parecía muy enfadado, pero sus ojos pardo-verdosos, decían lo contrario. Hannah sería, pero sin perder la compostura y manteniéndole la mirada, intentó comunicarse con él, hablándole en latín -según el padre Tobías era la lengua de Dios y que todos los hombres hablaban en el mundo cristiano-. No consiguió nada más que una retahíla de palabras silbantes y en un volumen mucho más alto. El hombre se dio la vuelta y dirigiéndose a sus compañeros y a las mujeres, les indicó que regresaran a sus labores. Todos obedecieron y Hannah se quedó apartada, en el mismo lugar. Miró de nuevo al mar, los dos drakkars casi no se veían ya y pronto la isla los ocultaría... para siempre –pensó. No pudo evitar acordarse de su madre y de sus hermanos, y una lágrima silenciosa surcó su cara.

Se sentó a la espera de... no sabía qué.

Había dejado de llover y un tímido sol intentaba abrirse paso entre los nubarrones cuando varios pescadores empujaron las embarcaciones hasta el agua y se hicieron a la mar. Bogaban deprisa para poder pasar la ola que se formaba en la entrada de la cala. Pronto no fueron más que unos puntos borrosos que aparecían y se perdían mecidos, mientras faenaban. Las mujeres se habían retirado hasta la aldea, para seguir con las tareas domésticas y el cuidado de los niños y de los animales. Pasó la mañana, y al mediodía regresaron a la playa para esperar y ayudar a sus esposos, que ya emprendían el camino de regreso. Descargaron la pesca en unos cestos de mimbre y